

ría horrible, y formidable masa de jinetes, cubiertos de hierro, y sin embargo, rápidos, se precipita sobre las legiones formadas en cuadro. Las espesas filas de los romanos resisten el choque; pero sus armas de poco alcance son inútiles. Si avanzan, huyen los partos; si se detienen, giran los escuadrones alrededor de aquella masa inmóvil y desde lejos la acribillan á flechazos. La infantería ligera que Craso lanza contra ellos tiene que refugiarse muy luego en el centro del cuadro. Espera á lo menos que aquellas terribles flechas se acaben; pero á medida que los soldados de las primeras líneas vacían sus carcajes, pasan á retaguardia, donde numerosos camellos cargados de flechas ofrecen provisión inagotable.

El procónsul manda, en fin, á su hijo que rompa aquel círculo de hombres, de caballos y de flechas que sin cesar envuelve á las legiones. El joven Craso carga á la cabeza de mil trescientos jinetes, galos en su mayor parte. El enemigo cede, lo atrae lejos del campo de batalla con parte de la infantería, que lo sigue á vista del enemigo fugitivo. De pronto vuelve y rodea á sus perseguidores. El joven Craso manda cargar otra vez, y sus soldados le enseñan las manos clavadas en los escudos por las flechas y hasta los pies clavados en el suelo. Él, sin embargo, se lanza contra los bárbaros, seguido de sus fieles galos.

Pero ¿qué podían hacer sus dardos contra hombres enteramente cubiertos de hierro? Hubo una lucha heroica de algunos instantes, un combate cuerpo á cuerpo; los galos echaban pie á tierra para despanzurrar los caballos del enemigo... Cuando su joven é intrépido jefe, acribillado de heridas, no estuvo ya en disposición de seguir combatiendo, se lo llevaron á un otero y formaron á su alrededor como un recinto de escudos. Pero en toda la extensión de la llanura no se veían más que escuadrones enemigos: la fuga, como la resistencia, era imposible. El joven Craso se hizo matar por su escudero.

El procónsul había aprovechado el retardo del ataque principal para trepar á una colina, y creía asegurada la victoria, cuando los jinetes enemigos vinieron con gritos de alegría y palabras injuriosas á pasear la cabeza de su hijo por delante de las legiones.

El combate volvió á empezar y duró hasta la noche con las mismas vicisitudes. Los partos, en fin, se alejaron, gritando al desgraciado padre que le concedían una noche para llorar á su hijo.

Tendido en tierra con silencioso y triste abatimiento, sondeaba Craso el abismo en que su ambición lo había arrojado. En vano procuró Casio reanimar su valor: preciso fué que él mismo diera el orden de retirada, abandonando cuatro mil heridos. Pudo llegarse á la ciudad de Carres, pero no había que pensar en encerrarse en ella. Por la noche partió el ejército á la sordina. Extraviado por sus guías fué alcanzado por los partos, y espantados los soldados obligaron al triunviro á aceptar una entrevista con el *sarena*. Era un lazo: Craso y toda su escolta fueron pasados á cuchillo (8 junio 53).

Cuando se llevó á Orodes la cabeza del procónsul se representaba ante el rey bárbaro las *Bacantes* de Eurípides. El actor asió el ensangrentado trofeo y cantó como la cantante que debía tener la cabeza de Panteo: «Traemos de las montañas este ciervo, que acabamos de matar. Vamos al palacio. Aplaudid nuestra caza.»

Algunos débiles restos de las siete legiones pudieron repasar el Eufrates: Casio, que había partido de Carres antes que su general y llegó felizmente á Siria, tuvo tiempo de organizar allí la defensa, y cuando los partos aparecieron el año siguiente, pudo rechazarlos (52). Otra más formi-

dable tentativa que hicieron al mando de Pacoro, hijo del rey Orodes, no fué más afortunada (51). Encerrado Casio en Antioquía, los dejó hacer correrías en la provincia, y cuando los vió más confiados y en desorden, cayó sobre ellos y les asentó la mano tan pesada y rudamente, que quedó ya libre de partos la Siria.

Fué un suceso feliz tanto más, cuanto que el senado acababa de cometer la falta de enviar á las provincias amenazadas por los partos dos de sus miembros más incapaces de conducir un ejército, Bíbulo á Siria y Cicerón á Cilicia. Hízose por suerte, sin embargo, en virtud de una ley reciente de Pompeyo. Con frecuencia se habían corregido ó prevenido las decisiones del dios ciego, pero esta vez no se pensó en esto.

Por fortuna llegó Bíbulo á su provincia después de la victoria de Casio, y Cicerón ni siquiera vió al enemigo rechazado ya allende el Eufrates. Alentado con esta retirada y muy ganoso de añadir la gloria del guerrero á la del orador, hubo de encargar Cicerón á su hermano Quinto, formado en la escuela de César, que hiciera sentir la mano de Roma á ciertos montañeses de la Cilicia. Con esto, Quinto quemó muchos pueblos, tomó el fuerte de Píndenis é hizo que las tropas proclamaran *imperator* á su hermano. Desde entonces no cesó Cicerón de reclamar el triunfo, y hasta en medio de la guerra civil, cuando el mundo estaba en suspenso por la lucha de César y Pompeyo, se le vió errante en Italia y en Epiro con sus lictores que llevaban las fasces coronadas de laureles; miserable vanidad que echó á perder al adversario de Catilina y de Antonio y al autor de las Verrinas.

El desastre de Craso suspendió por algún tiempo la dominación de Roma en el Eufrates. Después veremos por qué era difícil que pasara el río, y cómo no lo hizo sino por el Norte de la Mesopotamia bajo el mando y conducta de bravos caudillos.

IV. — NUEVOS DESÓRDENES EN ROMA—POMPEYO SOLO EN EL CONSULADO (52).

Durante la desastrosa expedición de Craso, habíase quedado en Roma Pompeyo, procurando consolidar su influencia con fiestas y juegos públicos y sobre todo con la solemne inauguración de su magnífico y suntuoso teatro. Era el primer teatro de piedra que se edificaba en Roma, y tenía capacidad para cuarenta mil espectadores: se inauguró con la lucha y muerte de 500 leones. Pasado su año consular, envió á España lugartenientes suyos y con pretexto de cumplir deberes de su cargo para la provisión de víveres, había él permanecido en Roma. El consulado para cuya elección se conmoviera y agitara tanto la ciudad, no había producido nada, nada á lo menos para las reformas útiles; pero mucho para el ambicioso general, que se atribuía tantos talentos, aptitudes y facultades. Comparando esta esterilidad con la fecunda actividad de César en el 59, se tiene ya la medida de los dos hombres (1).

Al resignar las fasces consulares, dejaba Pompeyo la república en la más deplorable situación. Todo literalmente se apreciaba á peso de oro, así el mérito de los candidatos como la inocencia de los acusados, y el Foro no era ya más que un mercado donde se vendían y compraban los sufra-

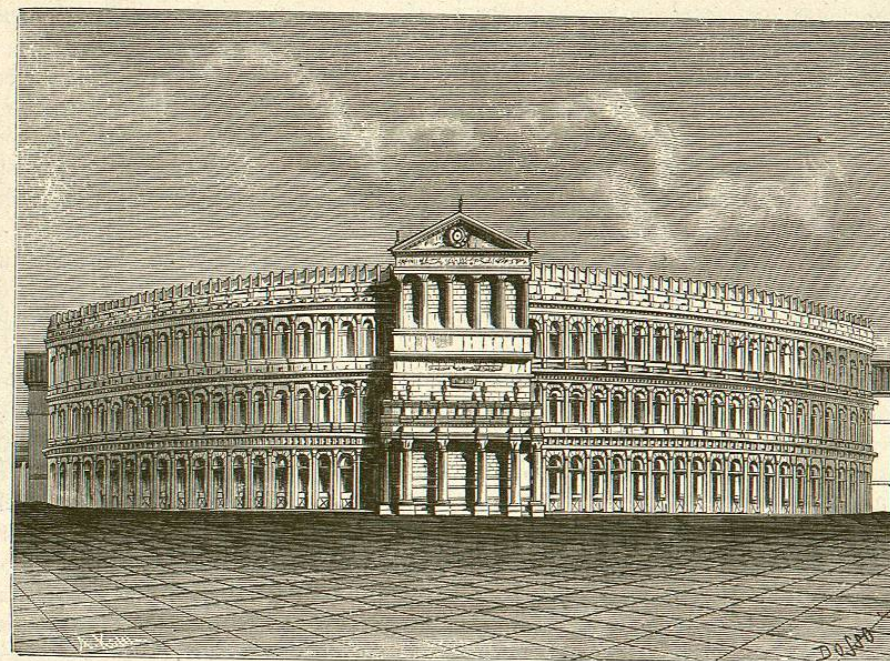
(1) La actividad legislativa de Craso y de Pompeyo en su segundo consulado no se señaló sino con una inútil proposición de ley suntuaria que ni siquiera fué aceptada (Dion, XXXIX, 37) y por una ley perjudicial que elevó el censo requerido para aspirar á las judicaturas; ley que no tuvo más efecto que aumentar el precio á que los jueces se vendían.

gios, los cargos públicos, las provincias. Gabinio había vendido el Egipto á Tolomeo Auletes por diez mil talentos, y robado á los sirios cien millones de dracmas. Se había puesto en rebelión con Roma misma despreciando los senadoconsultos y los libros sibilinos, saliendo de su provincia, á pesar de la expresa prohibición de la ley, y negándose á entregar su gobierno al que fué á sustituirlo legalmente. La irritación subió de punto en el senado, menos por las ilegalidades cometidas que en razón de las inmensas riquezas que parecían no dejar nada á sus sucesores, y á pesar del apoyo de Pompeyo fué condenado en juicio.

Un solo hecho mostrará hasta dónde llegó la depravación. C. Memmio, escribe Cicerón, acaba de leer en pleno sena-

do un escandaloso pacto hecho entre él y su competidor Domicio, por una parte, y por otra, los dos cónsules en ejercicio. Por este convenio, Memmio y Domicio se comprometían, á condición de ser cónsules el año próximo, bien á pagar á los cónsules salientes 400,000 sesteracios, bien á procurar: 1.º tres augures que afirmaran haber asistido á la promulgación de una ley curiada, que no existía; 2.º dos consulares que declararan haber asistido á una sesión de distribución de provincias consulares, sesión que no se ha celebrado (1).

«¡Cuánta gente infame en un solo contrato!» exclama con despecho Montesquieu. Hay que añadir que 400,000 sesteracios por una doble falsedad tan audaz como desvergon-



Teatro de Pompeyo (2)

zada, era suponer la conciencia de los augures y consulares á vil precio. Pero el pueblo mismo no se vendía más caro: Verres no dió por su pretura más que 80,000 sesteracios.

Y al mismo tiempo que la venalidad, entraba en juego la violencia: á cada instante las injurias, las pedradas, los tumultos; y pasar un día sin asesinato, era cosa rara (3): hasta un cónsul fué herido. Cierta Pontino esperaba, hacía siete años, fuera del pomerio, un triunfo que el senado le negaba por sus victorias ganadas el 61 sobre los alóbroges; hasta que un pretor, amigo suyo, reunió algunos ciudadanos al amanecer, y á pesar de la ley que prohibía toda asamblea antes de la primera hora, hízoles votar lo que Pontino deseaba. El perseverante candidato triunfó ciertamente, pero en medio de un extremo desorden. Se batieron en muchos puntos de la ciudad y hubo muertos y heridos. Por las más mezquinas ambiciones, por las cosas más despreciables se violaba la ley y corría la sangre.

Figuraos en medio de semejante sociedad á Catón, pretor entonces, descalzo y sin túnica, regentando su tribunal, haciendo distribuir al populacho en lugar de las profusiones á que estaba acostumbrado, rábanos, lechugas, higos, ó bien

(1) Cic. *ad Att.* IV, 18. Cuando Cicerón pretendió la edilidad, todo el pueblo estaba por él: los *divisores*, sin embargo, se encargaron de derrotarlo por 500,000 sesteracios (I, *in Verr.* 8). Durante las elecciones del año 54, el interés del dinero subió en la ciudad de 4 á 8 por 100 (*ad Att.* IV, 15).

(2) Restauración de M. Víctor Baltard (Escuela de Bellas Artes). Fué el primer teatro de piedra edificado en Roma. Los censores no

proponiendo, después del exterminio de los tenderos y usipetes, que se entregara César á los germanos como infractor de la paz, y se comprenderá que tal oposición no iba más allá de una protesta que no corregía á nadie, mientras hacía sonreír á todos, menos á Favonio, el mono de Catón.

Estos dos hombres que se creían romanos chapados á la antigua, no cambiaban en su modo de ser; pero muchos otros habían cambiado: ya hemos visto la rápida evolución del orador latino en la época de la conferencia de Luca. El excelente hombre que en un Estado pacífico, hubiera conservado con honor el primer puesto, en aquella tempestuosa república era atraído en sentido contrario por sus ideas y por sus intereses, triunfando de él ya las unas, ya las otras, porque era tan pobre de carácter, como rico de talentos. Por el momento, ligábanlo sus intereses á César y lo fatigaba con sus elogios: hasta compuso un poema en honor del procónsul, y mientras lo componía tuvo buen cuidado de que llegara á su noticia su poética empresa. Terminado el poema se lo envió y comenzó otro. César que consideró siempre á Cicerón prendado de su talento, se llevó de teniente á su hermano Quinto y encargó al orador de vigilar el empleo

habían autorizado hasta entonces más que teatros temporales de madera. Pero Pompeyo construyó un templo en el remate del suyo, donde las gradas de mármol en que se sentaban los espectadores, como gradas de un santuario, fueron respetadas. Infringíase la ley, pero sin chocar de frente con ella, como los romanos gustaban de infringirla.

(3) ... *fracti fasces, ictus consul, quotidie tela, lapides, fugae* (Cic. *in Pison.* 12).

de una parte de los fondos que enviaba á Roma para sus construcciones. Cuando Quinto arguyó á su hermano por haberlo obligado á aceptar esta tenencia con todos sus peligros y fatigas en un país que al mismo Cicerón le parecía en el fin del mundo (1): «El premio de este sacrificio, le contestó, será la consolidación de nuestra posición política, por la amistad de un hombre poderoso y bueno.»

He aquí á qué se limitaban sus deseos. Ni aun se espanta de la inminente dictadura de Pompeyo, hablando de ella sin indignación, como de cualquiera otra cosa. «¿La quiere Pompeyo? ¿No la quiere? ¿Quién lo sabe? Pero todos hablan de ella.» Y añade Apiano: «Todos la desean.» Y se decía sin ambages ni rodeos: «Para los males presentes no hay más que un remedio, la autoridad de uno solo.» Pompeyo protestaba de sus intenciones, pero favorecía secretamente los desórdenes que hacían necesaria la dictadura. A lo menos muchos conservadores creían ver su mano en los tumultos.

Por la segunda vez en tres años no se pudieron hacer las elecciones consulares el 53, y el interregno hubo de durar siete meses. Cansados de guerra, se acercaron los grandes á la amenazadora esfinge, cuyos deseos se adivinaban, pero que continuaba ocultándolos. Aparentando creer en su desinterés, se le obligó con calculadas lisonjas á que dejara elegir dos cónsules, el sétimo mes. Fuera impotencia real de aquel gobierno en durar más tiempo, fuera maquinación de Pompeyo, ó bien ambas causas reunidas, ello es que el interregno se repitió el año siguiente (52). Milón, Escipión é Hipseo, pedían el consulado con las armas en la mano; Clodio solicitaba la pretura con igual violencia, y todos los días estallaba una sedición, un tumulto.

En medio de aquellos asesinatos de gente oscura, hubo uno que llevó al colmo el desorden. Volviendo Milón á Lanuvio, su pueblo natal, donde era dictador ó primer magistrado, hubo de encontrar á Clodio en la vía Apia, cerca de Bovila. Como los barones romanos de la Edad media, iban ambos á dos bien escoltados con sendas cuadrillas de espadachines. Los dos bandos se cruzaron en silencio, si bien mirándose con malos ojos, y ya se alejaban, cuando veis aquí que dos gladiadores de Milón que se habían quedado atrás, se trabaron de palabras y pasaron luego á mayores con los satélites de Clodio. Este acudió en ayuda de los suyos, y tuvo que refugiarse, ya herido, en una taberna.

Ya así las cosas, juzgó Milón que no le costaría más rematar á su enemigo, y como su banda era más numerosa, huyó la otra dejando once muertos en el campo de batalla. Dueños ya del campo, forzaron la puerta de la taberna, mataron al tabernero y acribillaron á Clodio, cuyo cadáver arrojaron á la vía pública, donde permaneció hasta la tarde. Un senador que volvía de su granja levantó el cadáver y se lo llevó á Roma (13 dic. 53).

Fulvia, esposa de Clodio, su familia, la poderosa *gens Claudia*, y el pueblo, cuyo favorito había sido mucho tiempo, clamaron y reclamaron venganza. Expusieron el cuerpo en la tribuna de las arengas, y la amotinada multitud le dió por pira ú hoguera funeraria el edificio en que se reunía el senado. Quemada la curia, trataron de incendiar también la casa de Milón y la del interrey; pero lo impidieron senadores y caballeros que armados acudieron para tenerlos á raya; sin embargo, el tumulto y la sangre continuaron los días siguientes. Los ladrones y demás hombres perdidos, se aprovecharon de la ocasión para hacer su avío. A pretexto de buscar á los cómplices de Milón, entraban en las casas al pillaje, y en las calles mataban á los hombres pacíficos, cuyo

(1) *Ubi isti sint Nervii et quam longe absint, nescio (ad Quintum, III, 8).*

rico porte les prometía lucrativos despojos. La política, ó lo que así se llamaba, cubría todos los excesos.

Bien se comprende que estas abominaciones abrieran los ojos á los que los cerraban obstinadamente para no ver que el único medio de salvar la vida social que perecía era la concentración de los poderes en manos de un hombre enérgico. Un senadoconsulto decidió que la curia incendiada sería reedificada á costa del tesoro por Fausto Sila y que llevaría el nombre de su padre. Con este homenaje inesperado á la memoria del verdugo de los maristas, la mayoría senatorial mostraba á la vez sus sentimientos para con el sobrino de Mario y el grato recuerdo que conservaba del hombre que treinta años antes había restablecido el orden por medio de la dictadura.

En otro tiempo atacaba Catón á Pompeyo en el senado. «Dispone de todo, decía; últimamente ha prestado á César seis mil hombres, sin que el uno os los haya pedido, ni el otro os lo haya prevenido. Armas, caballos, una legión entera, son los presentes que se cambian ahora entre los particulares. Con su título de *imperator*, distribuye Pompeyo los ejércitos y las provincias, permaneciendo en la ciudad, donde fragua tumultos y sediciones á fin de abrirse camino á la monarquía por medio de anárquicas turbaciones.» Pero en presencia de la inminente disolución del Estado, hasta el mismo Catón llegó á desear de la república. Veía amenazada de dos peligros: interiormente, por la anarquía, lo cual no era sino muy cierto; y exteriormente, por César, que sin embargo, no había justificado estas sospechas ni con actos ni con palabras siquiera; y cuando buscaba á su alrededor quién quisiera defender á la aristocracia, encontraba tanta indiferencia, aun entre aquellos que Cicerón llamaba el partido de los hombres de bien, que se decidió, en fin, á pedir para ella á un hombre la protección que las leyes no podían ya darle. «Más vale, decía, más vale elegir un amo que esperar al tirano, que necesariamente ha de surgir de este inmenso desorden.» Y apoyó la proposición que presentó Bíbulo para que se nombrara á Pompeyo cónsul único.

Esperaba también que satisfecho Pompeyo con este título ejercería sus poderes con moderación, que restablecería el orden en la ciudad y sabría obligar á César á dejar el mando de su ejército. Hecho esto, Catón se comprometía á hacerle contar con el senado. Si se engañaba, esta dictadura á lo menos no habría sido más que una pasajera y aun benéfica tiranía. Pompeyo mismo halagó sus esperanzas, fingiendo que no quería ya obrar sino por sus consejos, y fué elegido cónsul único el 27 de febrero del año 52.

Este acontecimiento era grave, como quiera que consumaba la reunión de Pompeyo con el senado y su rompimiento con el procónsul de las Galias. De dos años atrás se preveía este resultado: la muerte de Julia, la esposa amante de Pompeyo y la hija querida de César, había roto un lazo que los dos hubieran respetado (54); y desde la muerte de Craso se encontraban frente á frente sin un intermediario que previniera ó evitara los choques. Una rivalidad de tres puede ser duradera, porque uno de los tres mantiene el equilibrio inclinándose ya á una ya á otra parte; pero la rivalidad de dos atrae muy pronto la guerra. Hacía mucho tiempo que Pompeyo había reconocido la falsa posición que le habían creado su inconstancia y la habilidad de su adversario, y para romper con él no esperaba más que un halago del senado. Ahora bien, los nobles, hasta el mismo Catón, le ofrecían, con violación de todas las reglas constitucionales, una dominación exclusiva.

Procónsul de España, era legalmente considerado como *ausente*, es decir incapaz de ser elegido para un cargo urbano,

ty se le daba el consulado! Esta magistratura suprema de la ciudad debía estar siempre compartida, representada por dos, y se le hacía cónsul único! Si quería un colega, él, no los comicios, él exclusivamente podía elegirlo. Y todavía se tomaban garantías contra su desinterés, no permitiéndole que tomara ese colega, antes necesario (1), hasta que pasaran dos meses siquiera. El cónsul no tenía en Roma autoridad militar, *jus necis*; y Pompeyo, que continuaba siendo gobernador de provincia, conservaba el *imperium*, y para que nadie pusiera en duda su derecho á ejercerlo en la ciu-



Mario (2)

dad, lo invistió el senado de la autoridad dictatorial con la fórmula de los días de público peligro: *Caveat consul*. En fin, al poder se hubieron de añadir los medios de acción, y un decreto ponía á su disposición el tesoro público y lo autorizaba para levantar tropas en Italia.

Era pues el amo, y como quería serlo, salvando las apariencias, pues nada había tomado por fuerza y todo lo recibía de manos del senado. Pero ¿quién no ve que la aristocracia fundaba el imperio? Basta comparar los poderes de Pompeyo con los de Augusto para reconocer que son poco más ó menos idénticos; porque la revolución imperial no fué más que la concentración vitalicia en manos de uno solo de los derechos repartidos anualmente por la república entre muchos.

En el momento en que los nobles, por odio á César y

(1) A los cinco meses asoció á su cargo á su suegro Metelo Escipión.

(2) Museo Campana. Estatua sin duda contemporánea de la inscripción (Wilmann, 632) hecha para Mario, cuando Augusto quiso que se pusiera en su foro el elogio de todos los grandes personajes de Roma.

por impotencia de gobernar, sacrificaban en manos de un jefe inepto lo que llamaban ellos la libertad romana, el procónsul á quien querían proscribir desdenaba sus seniles amenazas haciendo por Roma aquella maravillosa campaña que lo eleva al nivel de Aníbal, cuando tuvo prisionera en Alesia á toda la Galia.

Para explicar la violencia de este odio, hay que reconocer que los nobles tenían muy graves motivos para aborrecer á César; pero la historia debe indagar si estos motivos eran justos. La verdadera cuestión entre ellos era mantener ó anular la legislación Cornelia, que se lo había quitado todo al pueblo para dárselo al senado. Aunque se hubieran abierto muchas brechas en la fortaleza aristocrática, aun por la mano de Pompeyo mismo, aun resistía y permanecía en pie; pero el sobrino de Mario quería forzar las puertas. Sin haber cometido ninguna ilegalidad, por el mero hecho de haber levantado el partido popular hundido por Sila, tenían los nobles el poder de César y tenían más aún por sus bienes. Si sus leyes consulares se hubieran ejecutado, habrían agotado la fuente de que sacaban sus riquezas; con una sola palabra podía arruinarlos, provocando un plebiscito que autorizara las reivindicaciones de las familias despojadas por Sila, ó que obligara á los antiguos generales á reintegrar al tesoro del botín de guerra que se habían apropiado. La mayor parte de las riquezas de la oligarquía reconocían por origen las rapiñas hechas en las provincias, como las riquezas de Lúculo, y también las tierras usurpadas á los proscritos, como las del más violento adversario de César, aquel Domicio que tenía bastantes para hallarse en estado de prometer, durante la guerra civil, á cada uno de sus soldados una quinta tomada de sus bienes.

Hasta el presente, habían tenido sus robos los expoliadores fuera del alcance de la ley, porque la ley prohibía á los hijos de las víctimas de Sila el acceso á los cargos públicos. Sin duda esperaban eternizar la proscripción previniendo toda peligrosa rogación de un hijo de proscrito que llegara al tribunal. Que César haga restituir sus derechos civiles á los que por una ley odiosa é inicua quedaron privados de ellos y la oligarquía perderá todos esos dominios adquiridos por el asesinato (3).

He ahí pues los temores que se ocultaban bajo la acusación de próxima tiranía; pero la historia, sobre todo en estos tiempos, no está obligada á participar de estos temores. Y he ahí también porqué la mayoría senatorial preferirá desencadenar la guerra civil, á permitir el segundo consulado de César: tal es el secreto de su reconciliación con Pompeyo.

Este personaje debía mucho á su antiguo colega, que el año 59 lo defendió contra los magnates, y el 55 contribuyó lealmente á hacer su fortuna actual. Pero cuando Pompeyo estuvo seguro de la gran situación que le había creado el plebiscito *Trebonio*; cuando añadió á su intendencia de víveres, que le entregaba la ciudad de Roma y toda Italia, el proconsulado de España y Africa, que le daba provincias y ejércitos, entonces no tuvo ya para con el procónsul de las Galias más que ciertos miramientos, que cesaron con la vida de Julia.

En vano le propuso César consolidar su alianza política por medio de un doble enlace de familia: casándose César con una hija de Pompeyo y Pompeyo con una sobrina de César. Pompeyo se negó á estos enlaces, haciendo entrar en su casa á la hija de un enemigo mortal de su antiguo suegro (4). La amistad de César, que había sufrido diez

(3) Fué el primer acto de la dictadura de César.

(4) César pidió á Pompeyo la mano de su hija Pompeya, entonces